

EL MITO DE ECO

La calle, residencial de clase media y arquitectura dura, estaba oscura pese a que todas sus farolas estaban encendidas. Evidentemente eran insuficientes para iluminar aquel espacio, parecían luciérnagas en la negrura. La luna llena y el reflejo de las impecables líneas de la calzada aliviaban algo lo tétrico del lugar. También iluminándose a sí mismas algunas ventanas rompían la oscuridad.

Eran las doce de la noche, pero ya no suenan campanas en las ciudades. Se oía el rumor, semejante a las hojas de un bosque, producido por los vehículos de la cercana Ronda principal. Iban ocupados por sombras, su presencia no aportaba calidez, por ello el silencio de ruido humano era sobrecogedor.

Entre una de tantas sombras, una muchacha de veintitantos años dejaba que la llovizna la fuese calando. Inmóvil, observaba fijamente una de las ventanas con luz.

Por su cabeza se sucedían imágenes desordenadas que la mantenían hipnotizada como una polilla a una luminaria. Imágenes de cuando se conocieron: Ella bajita, fea, regordeta, con gafas, viva imagen de patito feo; Él, el más popular de los chicos, atleta, guapo, siempre metido en apabullantes líos políticos que lo hacían interesante de puro lúcido. Un héroe romántico inalcanzable. Eso sí, con un trato amable, aunque algo condescendiente hacia ella. Imágenes de cómo había soportado sus innumerables ligues, sus interminables reuniones de jóvenes idealistas y revolucionarios. Imágenes de cómo se había convertido en su persona de confianza con pura lealtad perruna. Imágenes de sus meses de prisión con ella en una fonda inmunda, cercana al edificio donde él estaba, para verlo cada día atenta a sus necesidades. Imágenes de su salida de la cárcel, demacrado y solo, y de sus comienzos como pareja, y de cómo ella se había sentido en el cielo al tenerlo solo para ella. Y ahora, cuando ella había comenzado a sentirse segura... en aquel cuarto iluminado de un barrio burgués, él la traicionaba con una “niña bien”, una aventura que lo había alejado de ella.

El abandono era aún mas doloroso porque ahora él había probado todo su amor y como Sonia había temido, todo lo que ella pudiera dar era insuficiente para hacerlo feliz. ¿Qué dolía más? ¿El pánico a perderlo o la desolación de confirmarse como insignificante?

No había bastado su entrega absoluta y maldecía su origen humilde, su poca prestancia, no haberle podido dar más...

Una voz desconocida, de hombre, interrumpió el tormento.

- ¿Eres de los Pinkerton?

Con los ojos hinchados de lágrimas inexistentes, trató de responder con naturalidad al desconocido. Aclaró la voz sin dejar de abrazarse cerrando la cazadora. Decidió que no entendía lo que le habían dicho.

- No... no

- Pues ¿por qué miras entonces tan fijamente esa ventana?

El recién llegado era un chico de su edad, con traje sin corbata y una arrugada gabardina de las caras. Tenía en la mano un paraguas en la mano, absurdamente recogido bajo la lluvia. Se dio cuenta del lamentable aspecto de la muchacha y, en parte por lástima y en parte por curiosidad, abrió el hasta ese momento inútil paraguas y cubrió a los dos.

- Tienes mal aspecto. ¿Quieres tomar un café?

Sonia, que así se llamaba la chica, se derrumbó. Tan sola. Comenzó a llorar espasmódicamente.

Al ver sus hombros temblar, él no esperó la respuesta.

- Vamos allá. – Señaló la luz mortecina de un cristal al otro lado de la calle - Hay un bar abierto todavía.

- No tengo dinero, susurró ella avergonzada.

- ¡Quiá! Invito yo, mujer. Anda ven y me cuentas.

No puso muy buena cara el tipo del mostrador al ver entrar a la pareja. El hombre se preguntó por un instante por el gesto agriado del camarero - ¿Qué esperaba aquel tipo manteniendo el establecimiento abierto si no era la entrada de parroquianos? ¡Si lo tenía vacío!

Se sentaron en una mesa de formica descascarillada. El camarero dio unos trapazos ante ellos para hacer que limpiaba.

- ¿Qué van a tomar?

- Pues para mí un café y un whisky. Y ¿para ti?

Ella no dijo nada.

- Póngale un café con leche y algún bollo.

Se fue el camarero y él depositó sus cosas en una silla vacía.

< Nunca había entrado en este tugurio. Pero hay que reconocer que este tipo le echa horas. Siempre está abierto>. Pensó

Sonia recordó, al calentar el cuerpo con el bollo y el café con leche caliente, que llevaba un montón de horas sin comer nada y, necesitaba hablar, necesitaba hablar desesperadamente, así que fue desgranando su historia a aquel desconocido. ¿Qué importaba lo que pensara aquel tipo si no iba a verlo más? Él escuchaba en silencio, sin cambiar el gesto ni interrumpir. Cuando Sonia calló, comenzó, tras desahogarse, a llorar esta vez en silencio, dulcemente, compadeciéndose de sí misma. No podía haber una historia mas triste que la suya.

- Pues, ¿sabes? Esa ventana iluminada que mirabas... es mi casa.

Sonia dejó de llorar.

- Pues sí - Continuó él – He puesto unos detectives para vigilarla... Sabía que me la pegaba.

- ¿Tu mujer?

- Sí, claro. Hoy estoy teóricamente de viaje.

- ¿Los Pinkerton? Sonrió ella.

- Si, menudo nombre ¿verdad? Como en las novelas del oeste.

- De Mayne Reid...

Entonces, el desconocido metió la mano en un bolsillo interior de la chaqueta y sacó un pequeño revolver “Derringer” que cabía en la palma de la mano.

- Y ahora va a resultar que seremos dos. Vamos a por ellos.

< Al parecer aquel tipo solo concebía la violencia como respuesta a la ofensa de cuernos y la consideraba su segura cómplice> Reflexionó rápido Sonia

. En un gesto rápido se hizo con la pistolita y la escondió en la cazadora.

- ¿Quieres matarlos tú misma? Preguntó él.

- ¿Pero qué dices?

- Pues eso. Que no me voy a quedar con los brazos cruzados mientras esa furcia y ese cabronazo se burlan de mí. – Se apoyó en la mesa inclinándose hacia ella- ¿Tú eres capaz?

En ese momento se acercó el camarero, interrumpiendo el gesto furioso de él.

- Tenemos que cerrar.

Pagó con sequedad y salieron otra vez a la calle. Ya no llovía.

- Bueno, si no quieres hacer nada. Devuélveme la pistola y haz lo que quieras. Incluso puedes ir a la policía. Pienso pegarme un tiro después.

- Primero me cuentas tu historia. Dijo Sonia.

Se sentaron en un banco. Él al principio impaciente, luego mas tranquilo. < Al fin y al cabo, era justo que él también se desnudara y además no tenía prisa, los dos miserables tenían para toda la noche>.

- Pues es fácil y corta. Nos conocimos, nos casamos, no hemos tenido hijos. He trabajado como una bestia para darle todos los caprichos. Bastaba que insinuase cualquier cosa para hacerse, le he comprado lo que le gustaba y lo que me parecía que podía gustarle... Prácticamente he roto con mi familia, que por lo visto la enerva. Aunque la verdad tampoco he perdido mucho... Hemos cambiado tres veces de ciudad. Siempre frustrada, triste, quejosa. He adoptado sus manías y sus amistades como mías, me he endeudado hasta lo imprudente y ella... Ahí la tienes – Señaló con un gesto la ventana- Poniéndome los cuernos con el cabronazo ese. - En ese momento pareció romperse su voz- Cuando la mate, soportaré con gusto la prisión... Pero no sé si soportaré que no esté.

- Simplemente no te quiere. Resumió Sonia.
 - Pues anda que el perroflauta ese tuyo a ti. Contestó él.
- Entre lágrimas sonrieron los dos.

< Podríamos pagarles con la misma moneda>. Pensó Sonia.

- Anda, devuélveme la pistola. Que todavía intentas salvar a ese hijo de puta.
- A propósito. ¿Cómo te llamas?
- Félix, Félix Samaniego... Como el de las fábulas.
- El enemigo de Iriarte. Dijo ella.
- - ¿Los conoces?
- Tenía dos libritos de niña. Siempre me gustaron más los de Samaniego.

Félix ya no estaba rabioso, pero sí desarbolado.

- De acuerdo, esta noche no. Mañana decidiré si la arruino, soy abogado, ¿sabes? O los mato. – Hizo una pausa- Pero esta noche la pasamos juntos ¿eh? No soportaría estar solo. Volvería a lo mismo.
- De acuerdo. Nuestras historias se neutralizan. Pero sin sexo ¿eh?
- Claro, claro. Dijo él.

Entonces ella le dio la pistolita. Él pareció dudar. Pero al fin se la metió en el bolsillo y los dos se dirigieron al despacho de él.

Se sentaron en un sofá de piel, impersonal y frío. Casi a oscuras, solo estaba encendida la lámpara de la mesa, se sirvieron whisky sin hielo ni agua en vasos de plástico.

- ¿Conoces el mito de Eco y Narciso? Preguntó Sonia.
- No
- Eco era una ninfa del bosque, condenada por Hera, la mujer de Zeus, Júpiter...
- Ya sé, ya sé. Interrumpió él, que inmediatamente hizo un gesto de que continuase.
- ... a repetir las palabras del que le hablaba. Pues la pobre Eco se enamoró perdidamente del hombre mas hermoso, Narciso. Pero éste la despreció al ver que ella solo contestaba con sus propias

palabras. De cualquier manera, Narciso era incapaz de amar a nadie que no fuese él mismo. Ella se consumió hasta que solo quedó la voz que es el eco que conocemos.

- Es triste. ¿Somos dos Ecos?...
- Y ellos dos Narcisos. Si siguen juntos se destrozarán. Dijo Sonia.
- Demasiado lento, susurró él, amenazador.

El proceso de divorcio no fue tan favorable a Félix como pensaba. Un detective de la Pinkerton empleado por su esposa, presentó fotografías que demostraban que él había pasado la noche con una joven en su despacho. La misma noche por cierto, en que ella le había sido infiel según las pruebas presentadas por el marido.

La relación de los dos infieles no duró. Durante un breve tiempo los dos echaron levemente de menos la seguridad de sus relaciones antiguas. Sonia y Félix llamaron a su primer hijo Narciso. Nadie quería ser Eco. Nadie quería amar, por si acaso.